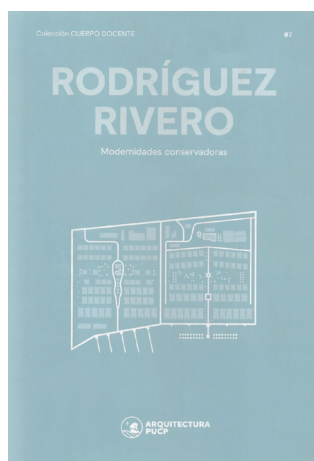


Luis Rodríguez Rivero, docente universitario y arquitecto comprometido con la mejora urbana y social en las barriadas peruanas, ensaya aquí una crítica doble: por un lado, contra el pensamiento de Luis Miró Quesada (1914-1994) y los ideales modernos de posguerra; por otro, contra la arquitectura contemporánea del balneario limeño de Asia, símbolo ostentoso del urbanismo neoliberal. Aunque su prólogo anuncia el propósito de construir una élite comprometida con la libertad y la igualdad, su libro termina cuestionando los fundamentos de la arquitectura moderna en un país donde esta jamás logró consolidarse plenamente.

El primer ensayo, escrito en 2014 como prólogo al libro *Espacio en el tiempo: la arquitectura moderna como fenómeno cultural* (1945) de Miró Quesada, analiza este ensayo fundacional como una tentativa de desideologización cultural. Con relación a las innovaciones arquitectónicas del modernismo, el autor simplifica sus avances fundamentales —como la planta libre— reduciéndolos a meras soluciones estilísticas, desconociendo su significado profundo en la creación de espacios funcionalmente flexibles y socialmente transformadores. El autor lo tilda de elitista y burgués, obviando su idea de “ruralizar la ciudad y urbanizar la casa” que proponía un reequilibrio urbano-social en favor de las mayorías, especialmente a la ciudad emergente. Esta visión concordaba con los ideales internacionales de la modernidad, que concebían la arquitectura como herramienta emancipadora, de mejoramiento social y calidad de vida colectiva.

La aguda constatación de Rodríguez sobre el profundo divorcio entre los arquitectos y la sociedad peruana omite los aspectos progresistas del pensamiento de Miró Quesada, que defendía un “universalismo moderno”, así como otros aportes claves de la Agrupación Espacio como los de Adolfo Córdova y Eduardo Neira, que rescataron a mediados de los años 1950 métodos de la autoconstrucción y estructuración vecinal y revirtieron aquella mirada despectiva a las barriadas bien denunciada por Rodríguez. Rodríguez condena la modernidad peruana por su falta de interés por lo popular, olvidando la labor de investigadores como Santiago Agurto o Carlos Williams, miembros de Espacio, quienes propusieron una modernidad arraigada en el legado prehispánico. Con esta omisión,



MODERNIDADES CONSERVADORAS. LA ARQUITECTURA COMO MEDIO DE EVASIÓN

LUIS RODRÍGUEZ RIVERO

FONDO EDITORIAL DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, LIMA, PERÚ, 2024.

RESEÑA DE PATRICIA CIRIANI ESPEJO.

el autor borra la diversidad de posturas modernas que intentaron articular tradición y progreso en el Perú.

El segundo ensayo, extraído de su tesis de maestría, analiza el balneario limeño de Asia como una respuesta postraumática a la violencia política y económica vivida entre 1980 y 2000. Rodríguez acierta al señalar que tanto los barrios informales enrejados como las urbanizaciones exclusivas comparten la lógica del simulacro, y que la planificación estatal brilla por su ausencia. Sin embargo, Rodríguez confunde el proyecto moderno con aquel enclave segregador de Asia, mercedamente comparado con campos de concentración. En su afán por establecer vínculos entre ambos, afirma que Asia es la encarnación del “imaginario limeño de lo moderno” (p. 57) —dejado por explicitarse— ignorando que las casas de Asia fueron diseñadas por arquitectos posmodernos —como José Orrego o Javier Artañ, que menciona— y no son “modernas” por ser blancas y geométricas. La planta libre es el gran ausente de Lima, y el apilamiento cúbico de ladrillo y cemento lo más común de la capital.

La crítica al “espectáculo” y a la lógica neoliberal del espacio resulta más pertinente. Rodríguez examina bien cómo el espacio urbano contemporáneo estetiza la exclusión y transforma lo patológico en virtud. Su referencia a arquitectos como Le Corbusier o Mies van der Rohe los reduce a meras caricaturas ideológicas, mientras asimila el zoning inmobiliario contemporáneo a la realización de la utopía moderna. Así, *Modernidades conservadoras* termina siendo una demolición simbólica indiscriminada del

proyecto moderno, un oxímoron ofensivo para quienes no están preocupados —los arquitectos modernos con genuino compromiso social— e inocuo frente a su verdadero blanco: la élite oligárquica limeña. Al equiparar el proyecto moderno con la arquitectura de los presos voluntarios de Asia, Rodríguez borra distinciones fundamentales entre lo colectivo y lo exclusivo, entre utopía social y privilegio económico.

Este libro se inserta en una interesante colección de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) que acompaña la enseñanza del proyecto arquitectónico —una tarea difícil en un país donde la intención moderna de bienestar colectivo fue rápidamente suplantada por el pragmatismo posmoderno complaciente con el antiproyecto neoliberal de todos contra todos—. Al limitarse a denunciar los mitos y excesos de la modernidad, el libro corre el riesgo de convertirse en nostalgia invertida: una lucha anacrónica que relega las verdaderas dinámicas contemporáneas de poder urbano, como la especulación inmobiliaria, la privatización del espacio público o la financiarización de la vivienda. En el Perú actual, apenas un 30 % de las edificaciones cuentan con arquitectos, y una porción menor diseña desde principios proyectuales, como en Asia. En vez de oponer a tal precariedad los aportes valiosos de la modernidad como fundamentos de una nueva ética proyectual, Rodríguez adopta un antimodernismo retrospectivo que, paradójicamente, refuerza el mensaje conservador de que cualquier proyecto colectivo de transformación social debe ser, por definición, sospechoso.